

# Megan Maxwell

Nuestro largo adiós

# *Nuestro largo adiós*

Megan Maxwell

## Capítulo 1

*Isla de Ibiza (España), año 1995*

—Mamáááá... Mamááááá... Mamááááá... Mamáááá...

—Esta niña me va a borrar el nombre —se mofó Rhoda al escuchar a su hija mientras sonreía a su marido.

—Mamááááá.

—Ahora la otra —se rio la mujer.

Sonriéndose estaban los Suárez Papadopoulos cuando Penélope y Briseida, dos preciosas niñas de doce y diez años, aparecieron ante ellos.

—¡Me pido la habitación azul! —soltó la pequeña con seguridad.

—¡No! La quiero yo —protestó Penélope.

—¿Quieres que te dé un puñetazo?

—Briseida Suárez Papadopoulos —advirtió la madre en su versión Terminator, el robot indestructible—. Aléjate de tu hermana ¡ya!

Las hermanas se miraron cuando el padre, Gabriel, desde el sillón indicó:

—Que yo sepa, las dos habitaciones son muy bonitas y tienen una terraza comunicada.

—¡Pero yo quiero la azul!

—Jooooopeeeee.

—¿Quién llegó primero a ella? —insistió el padre.

—Yoooooo —afirmó Briseida.

Penélope, al escuchar a su hermana, rápidamente comentó:

—Llegaste antes porque me empujaste y...

—Tú me empujaste en casa de los *pappouídes* para quedarte con la cama de la ventana, ¿o lo has olvidado?

—Pero...

—¿Me empujaste o no? —insistió Bris.

Penélope miró al suelo. Todos fueron testigos de cómo la pequeña Briseida voló por los aires en la casa de los abuelos en Santorini, así que finalmente la muchacha, encogiéndose hombros, admitió:

—Valeeeeeeee.

Feliz y contenta Briseida, a la que familiarmente llamaban Bris, sonrió. Tenía mucho más carácter que su hermana, aun siendo la pequeña. Se sentó en el sofá junto a su padre.

—¡He ganado! —cuchicheó.

Segundos después, cuando Penélope y su madre salieron al jardín para ver un precioso arcoíris que aparecía sobre el mar, Gabriel le susurró a su hija pequeña:

—Abre los puños y relájate. Que tienes ya diez años.

—¡Casi once!

La niña con picardía sonrió cuando su padre preguntó:

—¿Pensabas darle un puñetazo a tu hermana?

Briseida lo miró. Adoraba a su hermana.

—Pues claro que no, papi —murmuró.

Gabriel, divertido, asintió. Sus hijas eran como la noche y el día, pero se adoraban. Se querían.

—Maldito carácter griego —se mofó, revolviéndole el cabello corto a su pequeña.

Entendiendo por qué decía aquello, ambos sonrieron cuando la niña, viendo lo que su madre y su hermana les señalaban, dijo:

—Hala, cómo molaaaa, ¡un arcoíris!

Gabriel asintió. Sobre el mar se veía aquella maravilla de la naturaleza, e indicó:

—Sí, Pepinillo.

—Papiiiii.

—Vale... Vale...

La niña, divertida, sonrió. Su padre le llamaba así desde que hizo una obra de teatro, y a ella le ocasionaba risa, y, recordando el juego relacionado con los arcoíris, afirmó:

—Los angelitos trabajan para hacer realidad nuestros deseos. Corre, papi, ¡mira el arcoíris, no parpadees y pide uno!

Encantado al escuchar aquello, Gabriel lo hizo. Aquel juego de pedir un deseo a los arcoíris se lo había enseñado su madre, y ahora lo jugaba con sus hijas, y afirmó divertido:

—¡Hecho! Hoy será un buen día para todos.

—Mola este sitio, papi.

Gabriel asintió. Su esposa Rhoda siempre había querido conocer la isla de Ibiza.

—Sí, cariño. Es muy bonito —admitió, acariciándole el cabello a su hija.

Rhoda y Penélope regresaron al salón y Gabriel, viendo a su mujer e hijas felices, sonrió. Nada le gustaba más que poder darles caprichos, y las vacaciones de verano siempre eran un buen momento para ello.

En Los Ángeles, por su trabajo en la industria del cine, su vida era ajetreada y en muchas ocasiones estresante. Si una producción fracasaba, la pérdida monetaria era importante, y aunque todo les iba bien, conocía a otros productores que se habían arruinado.

Para Gabriel, su trabajo era su placer. Le encantaba. Adoraba ser productor de temas audiovisuales. Pero aquello que tanto le gustaba le privaba de su otro placer, que eran Rhoda y las niñas. Por lo que, deseoso de disfrutar el verano a tope con ellas, preguntó:

—Equipo, ¿quién quiere ir a la playa?

Rápidamente las niñas saltaron. Ir a la playa, bañarse y jugar en la arena con su padre siempre era divertido, y Rhoda, mirándolos, indicó:

—Me desmarco del equipo. Id mientras yo deshago maletas.

—Cielo. Estamos de vacaciones y además hay servicio para...

—Gabriel —lo cortó la mujer—. Hay cosas que ha de hacer uno mismo, y ya me conoces. Necesito tenerlo todo bien para poder disfrutar. Quiero ir al supermercado para hacer la compra, después la comida y organizarlo todo en condiciones.

Él asintió. Rhoda, la mujer a la que amaba, era una griega de las de antes, para quien la familia era lo más importante. Y aunque en su vida en Los Ángeles disponía de comodidades que otras mujeres no tenían, Rhoda seguía ocupándose de algo tan primordial

para ella como era el bienestar familiar. Era una madre a la antigua usanza.

Padre e hijas rápidamente se pusieron en movimiento. Se cambiaron de ropa, se pusieron los bañadores, cogieron unas toallas y, cuando poco después llegaron a una cala privada de la urbanización, Gabriel, viendo a otras personas con sus hijos, señaló:

—Allí hay un buen sitio.

Los tres se dirigieron hacia el lugar, y, tras soltar lo que llevaban en las manos, se metieron en el agua para refrescarse y jugar.

## Capítulo 2

Los días en Ibiza estaban siendo una maravilla y rápidamente los Suárez Papadopoulos hicieron amistad con los vecinos de la exquisita urbanización. Que un afamado productor de cine y televisión de origen español, residente en Los Ángeles, como Gabriel, se alojara allí corrió como la pólvora por la urbanización.

¿Quién no querría conocerlo a él y a su familia?

Por las noches, tras los bonitos días de playa y sol, muchos de aquellos vecinos se reunían en el club social. Allí, personas de distintas nacionalidades confraternizaban unas con otras. Gabriel conversaba con unos hombres y, mirando cómo sus hijas jugaban con el resto de los niños, dijo en español:

—A las niñas les está encantando este lugar.

Simone, un italiano muy simpático, tras agradecer al camarero que le sirviera dos copas, le entregó una a Gabriel y se mostró de acuerdo:

—Para los niños, esto es diversión.

Ambos sonrieron. Gabriel, tras dar un trago a su copa y recordar un email recibido aquella mañana sobre un precioso piso que se estaba planteando comprar, le preguntó:

—Sabiendo que eres abogado y vives en Madrid, ¿te importaría que mañana te haga unas consultas sobre un piso que, como inversión, estoy pensando comprar en Madrid?

—Cuando quieras.

Luego volvieron a hablar sobre las vacaciones, pero de improviso Simone comentó:

—Pues no te lo pienses. Compra la casa que has alquilado como inversión. Ya te he dicho que los dueños, que son daneses, están

interesados en venderla. Los conozco y estoy seguro de que te harían un buen precio.

—Lo pensaré. Invertir en propiedades siempre es bueno.

Simone asintió. Entendía lo que decía.

—Si dispones de capital para hacerlo, no te lo pienses —insistió—. Ahora es un buen momento. Y tanto el piso de Madrid como la casa de aquí se revalorizarán con el tiempo. Son excelentes adquisiciones.

Gabriel asintió. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando él tenía dieciocho años, y su único tío vivo se desentendió de él. Y tras vender la casa de sus padres en Madrid, dispuesto a comenzar una nueva vida, se trasladó a Nueva York, donde había cortado toda comunicación con aquel familiar. Pero los años habían pasado, le gustaba visitar la capital de España con su familia y tanto tener un piso allí como una casa en Ibiza eran excelentes opciones.

Se aproximaron hasta donde se encontraban sus mujeres conversando. Olalla, la mujer de Simone, que estaba encantada con los nuevos vecinos, dijo:

—Nosotros tenemos clientes en Estados Unidos, París, Roma y Bruselas, y, en ocasiones, tanto mi marido como yo viajamos para ver cómo va todo.

Rhoda, al escuchar aquello, asintió. Aunque no la conocía, por su modo de hablar rápidamente supo qué tipo de mujer era, pero, por amabilidad, dijo:

—Pues la próxima vez venid a Los Ángeles y os alojáis en casa.

Olalla se lo agradeció con un gesto. Aunque su vida era acomodada en Madrid gracias a que ella y su marido eran los dueños de un prestigioso bufete de abogados, tenía claro que la vida de Rhoda y Gabriel tenía mucho más glamur que la suya. Y aunque intelectualmente prefería hablar con Gabriel, pues le resultaba más interesante que Rhoda, que solo se dedicaba al cuidado de los niños y la casa, sabía que hacerse amiga de ella era una excelente opción.

—Y en Los Ángeles, ¿dónde vivís? —se interesó Olalla.

—En la casa de mis sueños. En Bel Air.

Olalla asintió. Siempre estaba bien tener amigos como aquellos tan influyentes y adinerados.

—Oh, querida. ¡Será estupendo! —exclamó.

Como era de esperar, otras mujeres se autoinvitaron, y Rhoda sin problema asintió. En su casa, y como buena griega, siempre había sitio para todo el mundo.

Aquellas mujeres, emocionadas por saber que Rhoda conocía a actores y actrices famosos, le hicieron toda clase de preguntas, y a todas respondía con amabilidad. Una de ellas quiso saber cómo se habían conocido ella y su marido.

—Gabriel y yo nos conocimos en Nueva York —respondió.

—¿Y cómo es que hablas tan maravillosamente español? —preguntó Olalla, a quien le interesaba mucho aquella nueva amistad.

—En Grecia tenía una vecina española, Petra. Ella me enseñó palabras básicas. Luego, cuando llegué a Nueva York, seguí aprendiendo con las amigas que conocí, que eran la gran mayoría de origen latino, y posteriormente con Gabriel, que es español.

—¿Y qué hacían una griega y un madrileño en Nueva York? —volvió a preguntar Olalla.

Gabriel y Rhoda se miraron.

—Buscarnos la vida —replicó ella.

—¡Excelente plan! —afirmó Simone.

—En mi caso —prosiguió Rhoda—, cuando mi tío Spiros y mi tía Nereida se trasladaron a Nueva York para trabajar, me empuñé en ir con ellos para horror de mi madre. Allí, yo quería estudiar enfermería y luego regresar a Grecia.

—Cosa que solo hizo de visita —intervino Gabriel. Aquel comentario hizo que ambos sonrieran. Él continuó—: Rhoda, mientras estudiaba, hacía las prácticas en un hospital. Y yo cursaba mis estudios de producción audiovisual gracias a una beca que conseguí. Recuerdo que nos vimos un día que acompañé a mi amigo James, hoy mi socio en la productora, al hospital porque había tenido un accidente con la moto. Yo la miraba. La miraba. Y la miraba. Pero la preciosa enfermera ni se percataba de que yo estaba allí. Me ignoraba.

—No te vi... —rio ella.

Gabriel puso los ojos en blanco, y sentándose junto a su mujer, divertido, prosiguió:

—Pasados unos días, conocí a Constantino, que era amigo de James, y, curiosamente, descubrí que era familiar de la guapa enfer-

mera. Y, bueno, una noche coincidimos en un bar, me la presentó, la invité a bailar una preciosa canción de Ella Fitzgerald, y ya no se me escapó. Es más. Recuerdo que Constantino me dijo: cuidado con las mujeres de mi familia, porque, además de tener un carácter endiabladado, son algo brujas. No le hice caso, ¡y esta preciosa bruja me hechizó!

Aquello hizo que todos rieran a carcajadas.

—Mira que eres payaso —dijo Rhoda, con una sonrisa.

Todos se rieron de nuevo. Simone, haciendo aspavientos, como buen italiano, dijo en broma:

—Más que de payaso, tienes cara de cabroncete.

—¡Simoneeeee! Mide tu vocabulario —corrigió Olalla a su marido.

—¡Amoreeeeeee!

Poco después, cuando se quedaron los dos matrimonios tomando algo, Gabriel les contó que, tras graduarse en la escuela de cine, lo primero que hicieron él y Rhoda fue ir a Santorini para, como mandaba la tradición, pedir su mano. Allí, la familia, en un principio, se negó. ¡No era griego!

Pero Gabriel con su manera de ser se los fue ganando uno a uno. Y de ser rechazado por no ser griego pasó a convertirse en alguien imprescindible para todos por el cariño que le cogieron, y la familia finalmente aceptó. Sería un buen marido para Rhoda.

La segunda vez que fueron a Santorini se casaron en una divertida boda organizada por la familia. Pero había otro impedimento. La familia quería que se fueran a vivir a la isla, pero Gabriel sabía que quedarse allí, para su trabajo, no era algo bueno, así que convenció a Rhoda para trasladarse a Nueva York. A ella le costó, pero por amor acabó aceptando.

Tras un tiempo en Nueva York, se mudaron a Los Ángeles. El mercado audiovisual americano tenía su sede allí. Gabriel y su amigo James crearon su productora de cine, a la que bautizaron con el nombre de «Sueños compartidos». Productora que desde un principio comenzó a funcionar con prosperidad. Y Rhoda encontró trabajo como enfermera en un hospital. Pero cuando nació Peny y posteriormente Briseida, Rhoda decidió dejar su trabajo como enfermera para cuidar de sus hijas.

Animados por las confesiones, Simone y Olalla, omitiendo una parte de la verdad, les contaron que ellos se habían conocido durante

un verano en Nápoles. Ella, española de La Coruña y recién graduada en Derecho. Él, italiano de Nápoles, con sus estudios de Derecho finalizados. Los padres de Olalla y el padre de Simone eran abogados.

La diferencia entre ellos era que la madre de Olalla, viuda, regentaba un famoso bufete en La Coruña y el padre de Simone, junto a su hijo, trabajaban para un pequeño bufete en Nápoles. Y lo que comenzó siendo un amor de verano terminó en una rápida boda en la catedral de la Almudena en Madrid poco tiempo después.

Lo que no contaron fue que, cuando se casaron, Alvariña, la madre de Olalla, que era una mujer de fuerte carácter, se propuso que aquellos trabajaran en su famoso bufete en La Coruña, pero Simone se negó. Quería comenzar su propio proyecto con Olalla en Nápoles. El problema era que económicamente no eran solventes, y Alvariña se ofreció a ayudarles con la condición de que se trasladaran a España, se fusionaran con ella y en el rótulo apareciera primero el apellido Vizoso y después el de Lombardo.

Simone no vio aquello con buenos ojos. Su suegra siempre lo miraba por encima del hombro. Sabía que no le gustaba. No lo soportaba. Pero, dejándose llevar por el amor que le tenía a su mujer Olalla, aceptó. Se trasladaron a Madrid, donde abrieron el bufete Vizoso-Lombardo, un negocio que, gracias a los contactos de Alvariña, rápidamente comenzó a funcionar.

Cuando nacieron los niños, Simone le sugirió a Olalla que cuidara de ellos, que los disfrutara, pero Alvariña no lo permitió. Si ella había trabajado aun habiendo sido madre, ¿por qué no lo iba a hacer su hija?

Aquello originó una gran discusión entre el matrimonio. Eso no era lo que ellos habían hablado. Alvariña, una vez más, se salió con la suya, y Simone tuvo que callar.

—¿Cuántos años tienen las niñas? —preguntó Olalla.

—Penélope doce y Briseida diez.

—Curiosos nombres los de tus hijas.

—Son de origen griego, como el mío —afirmó Rhoda.

—El nombre de Penélope ya lo había oído. De hecho, hay una canción de un cantautor español que se llama así. Pero el de Briseida me es desconocido. ¿Qué significa?

—Diosa de la belleza.

Al escuchar aquello Olalla parpadeó. Aquella niña que chutaba el balón a su hijo pequeño como un chico mucho tendría que cambiar para convertirse en una diosa de la belleza.

—Cuando supimos que era otra niña la que venía de camino —añadió Rhoda—, inicialmente se iba a llamar Teresa, como la madre de Gabriel. Yo había elegido el de Penélope y ahora le tocaba a él elegir. Pero todo cambió cuando una noche, al regresar de una fiesta, un coche nos embistió en la carretera.

—¿Cómo?!

—Ese golpe provocó que la placenta se desprendiera, por lo que tuvieron que hacerme una cesárea de urgencia, estando apenas de siete meses.

—¡Oh, Dios mío!

—Fue muy complicado. La niña casi se muere y nos consta que tuvo que luchar mucho para sobrevivir.

—¡Oh, pobre!

—En mi país, el nombre de Briseida, además de ese significado de diosa de la belleza, se relaciona con mujeres luchadoras y con carácter. Y, bueno, mi familia, desde Grecia, comenzó a llamarla así por su lucha, y al final, tanto Gabriel como yo, decidimos ponerle ese nombre, por ser una guerrera.

Olalla asintió. Aquello que contaba le hizo tener recuerdos de un pasado que había intentado olvidar.

—Sinceramente, me hubiera gustado tener una niña a la que llenar de puntillas y lazos —admitió—. Pero Dios me dio dos varones.

—Eres joven. Aún estás a tiempo de tener esa niña, mujer. —Olalla negó con la cabeza y Rhoda, viendo su gesto, preguntó—: ¿Tus hijos qué edades tienen?

—Álvaro trece y Andrea once. Y como vosotros, cada uno de nosotros eligió un nombre. Álvaro, mi primogénito y mi orgullo, se lo puse por mi madre, que se llama Alvarina, y Andrea se lo puso Simone por su padre.

Rhoda parpadeó. ¿Cómo podía hablar de un hijo como su orgullo y del otro no? Para ella, tanto Peny como Bris eran su orgullo.

—Solo espero que el día de mañana mis hijos sean unos buenos cristianos —concluyó Olalla— y dos excelentes abogados en el bufete que mi madre levantó y Simone y yo impulsamos.

—Yo solo quiero que sean felices haciendo lo que les guste —afirmó Rhoda, mirando a sus hijas, que jugaban con el resto de los niños.

Olalla, al oír aquello, parpadeó. Viniendo de Rhoda, no le extrañaba aquel comentario. ¿Qué iba a esperar de una mujer que solo se dedicaba a la crianza de sus hijas?

—¿Y qué les gusta hacer a tus niñas? —se interesó, consciente de que era una pregunta obligada.

—A Peny, dibujar. Y a Bris, bailar —contestó ella sin pensar.

—Mis hijos nunca han de obviar las obligaciones que su apellido conlleva —replicó ella, incrédula—, y... —De pronto, el jaleo de los niños les interrumpió, y Olalla gritó—: ¡Andrea!

Se levantaron a toda prisa y corrieron hacia donde estaba el jaleo. Sin sorprenderse, Rhoda vio a su hija pequeña peleándose con un niño de la urbanización, mientras Andrea, el hijo de Olalla, lloraba en el suelo.

Rápidamente los separaron, y cuando Rhoda fue a pedir explicaciones a su hija, esta gritó:

—*Malaka!* —Oír que su hija llama gilipollas a aquel niño ante todos en griego a Rhoda le hizo cerrar los ojos. ¡Qué horror! Por suerte, nadie la había entendido, pero la niña, mirando a su madre, prosiguió en español—: Ese caraculo es un idiota y le...

—¡Brisssss!

—Pero, mamá —insistió la cría—, ha empujado a Andrea.

La mujer que sujetaba al tercer niño en cuestión miró a su hijo y preguntó:

—Robertito, ¿es cierto lo que dice la niña?

El tal Robertito no dijo nada, y Briseida, acercándose a él, lo empujó y gritó:

—¡Mofeta maloliente! ¡Habla!

—Brissssss, ¡esa boca, o te llevará un turco! —la regañó Rhoda, sujetándola.

—Andrea, ¡cómo eres tan torpe! —gruñó Olalla al ver la sangre de su hijo en la rodilla.

—Me dueleeeeeeeee.

—Andrea, ¡deja de llorar! Los hombres no lloran —siseó su madre.

Pero el crío lloraba. La herida le dolía, y la niña, que había hecho muy buena amistad con él, molesta, miró al tal Robertito y amenazó:

—Si vuelves a tocarlo, te rompo la nariz. —El niño, con cierta maldad le sonrió, y ella, sin pensárselo y esta vez en español, soltó—: ¡Gilipollas!

—Brisssss, ¡basta ya! —se enfureció Rhoda al escuchar a su hija y ver cómo otras madres la miraban.

—Madre mía, qué boquita y carácter tiene esta niña —musitó Olalla, levantando a su hijo del suelo.

—Carácter griego —afirmó Rhoda, sujetando a su hija.

El tal Robertito en esta ocasión le sacó la lengua a la niña, y esta, molesta, siseó:

—*Gamisou!*

Al oír a su hija decir en griego «¡Qué te jodan!», Rhoda le advirtió:

—Briseida Suárez Papadopoulos, ¡te estás pasando!

—No me mola nada ese caraculo. Y...

—¡Brisss, por el amor de Dios! ¡Cierra esa boca!

En ese instante se acercaron Simone y Gabriel para ver lo que ocurría. Álvaro, el hermano mayor de Andrea, también llegó corriendo, y al ver la sangre de la rodilla de su hermano, sin pensárselo, miró a la niña y dijo:

—Vuelve a pegar a mi hermano y...

—¡Álvaro! —le regañó su padre al escucharlo.

Incrédula, la niña lo miró. Pero ¿qué decía ese idiota?

—Álvaro, ella me ha defendido —dijo Andrea, limpiándose las lágrimas—. Ha sido Robertito.

Oír aquello hizo que Álvaro mirara al tal Robertito. No hizo falta hablar. Con una mirada se lo dijo todo, y cuando miró a la chiquilla, esta, molesta, le sacó la lengua y, con una chulería que lo sorprendió, Bris, con los dos dedos de la mano derecha, el índice y el medio, se señaló los ojos y luego lo señaló a él.

Aquello Álvaro lo entendió como un «te estoy vigilando», y sonrió. ¡Qué graciosa!